





ESPERANDO NADA



José María Sánchez

# ESPERANDO NADA



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José María Sánchez

ISBN: 978-84-10082-78-6

ISBN digital: 978-84-10082-79-3

Depósito legal: M-3379-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para mis padres y mi hermano, por su cariño y apoyo.*





*Nos dejaron las balas  
y un enjambre de abejas,  
ese fue su tesoro y una noche oxidada.*

*Nos alzaron en brazos,  
descubrimos planetas,  
nos creímos tan fuertes como héroes de guerra.*

*Y, en mitad del relámpago, llegó el mal de altura,  
fuimos sed en el aire, pero boca en la tierra.*

VETUSTA MORLA, *Boca en la tierra* (2011)



PRIMERA PARTE

¿QUIÉN TEME  
A LOS JOVENCITOS CONFUSOS?



08:00. 5 de agosto de 2021. Cala Morlanda, Mallorca.

Imposible. Llevaba más de media hora en la cama, dando vueltas y más vueltas, pero no se podía dormir. Mónica se levantó de la cama, ajena a la persona que dormía a su lado. Se acercó a la ventana y vio la playa con un poso de nostalgia en su interior. «Qué raro», se decía, «hace unos años no estaría haciendo el tonto como ahora, llevaría más de una hora en la playa, disfrutando de este paisaje». Sin embargo, algo retenía a Mónica en casa. No se sentía bien. Desde que se despertó, en su fuero interno sentía esa especie de relax tenso que tan bien definió Laia años atrás, cuando veía que su amiga vivía en un estado de nervios que resultaba difícil de disimular.

Tras echar un último vistazo a la playa, Mónica abrió aún más la ventana y volvió a la cama. Hacía demasiado calor, ya no sabía cómo tumbarse. Para colmo, Marc tenía las piernas demasiado abiertas, sin darle apenas espacio a ella. A diferencia de Mónica, Marc dormía plácidamente. Nada parecía afectarle. En el fondo, Mónica envidiaba esa facilidad que tenía su pareja para desvincularse de cualquier problema, por muy grave que este fuera.

Después de observar unos minutos el techo en absoluto silencio, Mónica se decidió a desbloquear el móvil. Alargó el brazo hacia su mesita, mientras pensaba en quitarse o no su protector dental. Sin saber muy bien qué hacer al respecto, Mónica recordó por un instante el día que le comunicó a Marc el diagnóstico del dentista. «¿Bruxismo? ¿Eso qué es?», preguntó Marc, mientras una sonrisa traviesa se empezaba a formar en su rostro. Mónica iba a decírselo, cuando Marc ni siquiera le dio a tiempo a responder. «No me lo digas, no me lo digas... Bruxismo..., claro, un huevo colgando y el otro lo mismo».

Acto seguido, Marc también le preguntó sobre las dificultades que presentaría ese protector dental ante asuntos tan importantes como las felaciones, lo que despertó la risa de Mónica, después de aguantar estoicamente el juego de palabras facilón que había trenzado su novio.

Al recordar aquella conversación, Mónica sintió un escalofrío por todo su cuerpo. ¿Marc hablándole de mamadas? De algún modo, ella sentía que aquella conversación había transcurrido hacía millones de años. Después de desbloquear el móvil, Mónica intentó distraerse unos minutos visitando las redes sociales. Aquel maldito recuerdo le había puesto aún más nerviosa, de modo que se dejó puesto el protector dental, para así aplacar su angustia.

Durante un par de minutos, Mónica echó un vistazo a Instagram, al tiempo que se mordió inconscientemente las uñas, lo que dio paso a que el recuerdo del dentista se esfumara de su mente. Después de más de media hora despierta, empezaba a estar relajada. Sin embargo, esa tranquilidad duró más bien poco. Hastiada de mirar fotos y vídeos de gente que ni siquiera conocía, abandonó el narcisismo de una red social por la hostilidad de otra.

Como de costumbre, Twitter echaba humo desde primera hora del día. Polémica por la ampliación de El Prat, polémica por la mesa de diálogo, polémica por la nueva bandera de Guadix... Todo eran polémicas, esa palabra que tanto gusta a los tuiteros. La estancia de Mónica en Twitter duró aún menos que en Instagram. De hecho, fue ahí, justo en el momento en el que Mónica apartó la vista del móvil, cuando vio a su izquierda una erección bastante prometedora.

Marc tenía el mismo rostro que minutos antes, una cara que mezclaba la inocencia con la tranquilidad más absoluta. Sin embargo, su miembro viril era la antítesis de la inocencia y la tranquilidad. No había nada en él que estuviera en tensión (como ya le sucedía estando despierto), excepto su polla.

En un primer momento, Mónica no supo cómo reaccionar ante esa sorpresa mañanera. Después de una breve sonrisa totalmente

exenta de picardía, Mónica observó con detenimiento el fenómeno fisiológico que se había producido al otro lado de la cama. Era algo increíble, absurdo, pero en aquel momento ella fue consciente de algo que no había pensado en exceso, y no era otra cosa que la importancia que tenían las erecciones en la historia del ser humano. A lo mejor sonaba algo grandilocuente, pero, sin erecciones, el planeta estaría vacío. «Casi mejor, desde luego», pensó Mónica en aquel instante.

Justo en aquel momento en el que la cabeza de Mónica divagaba sobre pollas tías y la sostenibilidad del planeta Tierra, Marc se despertó. Lo hizo como de costumbre, de forma repentina y asustando un poco a Mónica.

—¡Hostia!

—¿Qué pasa, qué miras?

—...

Marc se fijó en la cara de Mónica. Algo había hecho... «Joder, claro».

—¿Por qué te tapas?

—Me podrías haber dicho algo...

Error. *Decir* no era el verbo correcto, debería de haber dicho *hacer*.

—¿Qué quieres que te diga?

Sin saber muy bien qué responder a su novia, Marc alargó también el brazo hacia su mesita. Después de colocarse las gafas, cogió el móvil, aunque tan solo estuvo unos segundos con él. Acto seguido, se encaminó al baño. La erección había decrecido un poco, aunque todavía había rastros de insurrección en sus calzoncillos. La súbita huida de Marc hacia el baño inquietó por un momento a Mónica.

—Espera... ¿Dónde vas?

—A Tokio, ha quedado una vacante en esgrima y me acaban de avisar del COE... ¿A ti qué te parece, Mónica? Pues al baño, me voy a duchar, no aguanto este calor.

—Espera... No puedes...

—¿Que no puedo qué?

Mónica se había quedado bloqueada. ¿Qué quería decirle exactamente?

—Tengo miedo...

—¿Qué? —dijo Marc, que comenzó a reír—. ¿De qué tienes miedo?

¿Qué, qué le iba a decir? ¿Que tenía miedo de que hiciera lo mismo que Kevin Spacey al inicio de *American Beauty*? No, eso no se lo podía decir.

—Pues... pues de la cena de esta noche, de que algo no salga bien —afirmó Mónica, lo que de algún modo era cierto, aunque ese fuera otro asunto.

Marc se mesó la barba al tiempo que se sentó en la cama junto a ella. Tras un breve suspiro, acarició el rostro de su pareja, mientras buscaba la mejor respuesta a la inquietud de Mónica.

—¿Cómo que no va a salir bien, por qué no va a salir bien?

—No sé, ha sido una intuición que he tenido ahora.

Las últimas palabras de Mónica sonaban impostadas, como si no hubiera hablado ella y fuera un político en plena campaña electoral. Después de un par de segundos en los que Marc contempló el rostro de su novia con una sonrisa comprensiva, dio media vuelta y se dirigió al baño de forma definitiva.

Una vez que Marc cerró la puerta del baño, Mónica se quitó el protector dental y lo arrojó con fuerza al suelo. Se sentía frustrada, cabreada consigo misma. Cogió el cojín que tenía más a mano y empezó a berrear en él para acallar sus gritos. Mientras tanto, Marc ya estaba en el baño. Después de escoger una de las muchas listas prediseñadas que le preparaba Spotify, su cuerpo recibía aliviado los primeros chorritos de agua fría provenientes de la ducha.

Después de unos segundos en los que se aclimató a la gélida temperatura del agua, Marc escuchó con algo más de atención la letra de aquella canción. No entendía cómo se había colado aquella canción en una de sus listas, si él apenas la había escuchado.



—*Tengo una flor en el culo y un camello en Hong Kong, tengo un cohete en el pantalón...*

Nada más escuchar aquellas palabras, Marc comenzó a reír al tiempo que volvía a contemplar su polla, que ya había recuperado casi por completo su compostura. La risa de Marc era extraña, sonaba hueca, sin fuerza. De hecho, cuanto más reía, más cambiaba su cara. De un momento a otro, su habitual rostro relajado había mutado hacia otro mucho más tenso y angustiado.

—De qué me sirve este cohete —se dijo Marc a sí mismo, mientras se cogía suavemente su aparato— si no tengo un puto cielo que surcar...

Marc finalizó la ducha con rapidez y eficacia, casi como un autó-mata. Tras secarse un poco mientras se miraba en el pequeño espejo redondo del baño, cogió su cepillo de dientes eléctrico. El sonido del cepillo despertó de su letargo a Mónica, que, tras expulsar toda la ira que tenía en su interior, se había adentrado en una especie de paz interior que la había dejado como nueva. Después de un par de minutos quieta, mirando hierática los azulejos del dormitorio, los ruidos del baño la empujaron al mismo lugar que Marc.

Aunque resulte impensable, resulta increíble cómo escenas tan breves y cotidianas como cepillarse los dientes pueden definir a una persona. Nada más llegar al baño, Mónica cogió su cepillo manual y se limpió los dientes con suma energía, tanta que en apenas medio minuto había terminado. Mientras tanto, Marc, que apenas había movido su cepillo por todo el conjunto de la dentadura, todavía no había finalizado.

Un par de minutos después, Marc ya estaba en el dormitorio, mientras Mónica se duchaba. Al igual que su novio, Mónica puso música nada más quedarse a solas en el baño. Aunque sonaba más bajita que aquella que había puesto Marc, algo se podía escuchar, sobre todo si pegabas el oído a la puerta, cosa que hizo Marc al instante.

Marc estaba algo confundido. Cuanto más escuchaba aquella música, menos sabía de dónde podía provenir aquella melodía.

Más allá de que la canción era en inglés, poco más se podía deducir. O a lo mejor sí, sí se podía discernir algo más. Poco a poco, Marc fue identificando la canción que escuchaba Mónica. Era evidente que se trataba de una canción viejuna entonada por una voz nasal masculina... La voz tenía tonos muy altos y parecía que tenía tendencia a rasgar la garganta.

Marc no entendía nada. Incluso Mónica estaba cantando en voz baja. ¿Desde cuándo Mónica escuchaba música tan... tan desconocida? Bueno, quizás no era música tan desconocida. Probablemente, si en aquel momento llamase a Laia y le pusiera un instante aquella canción, ella le revelaría al instante el título de la canción y su autor. Puede incluso que hasta el año de lanzamiento del álbum. Así era Laia, un Shazam andante.

Mientras Marc se lamentaba de su falta de cultura musical al tiempo que despegaba la oreja de la puerta, Mónica terminó de ducharse. No habían pasado ni dos minutos cuando Mónica reapareció de nuevo en el dormitorio. Contempló a Marc, que se estaba atando los cordones de las zapatillas deportivas. Marc notó al instante esa curiosa, esa afilada sensación de sentirse observado, por lo que levantó la vista del suelo para dirigir su mirada a Mónica. Se suponía que ese rato en la ducha la había relajado, aunque solo en parte.

—Feliz cumpleaños, Marc... —dijo Mónica con la voz algo quebrada.

—Gracias, cariño —contestó Marc, con una caricia similar a la que le había hecho minutos antes—. Me voy a dar una vuelta.

\* \* \*

10.00. 5 de agosto de 2021. Paseo del Borne, Palma, Mallorca.

Un chico y una chica habían quedado en un restaurante del centro de Palma. Cansados y decepcionados por un plantón que ya duraba horas, ambos se apresuraron a abandonar de una vez por todas el restaurante. Ella acababa de salir del baño, él estaba a punto de entrar en el suyo. Sus miradas se cruzaron por instante. Todo un cruce de miradas que delataba culpabilidad, vergüenza y desconcierto, mucho desconcierto.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

La confusión era tal que no acertaron a pronunciar una palabra más. Él se fijó por un instante en la falda que llevaba la chica.

—Esa, esa falda...

Ella apartó la mirada de él, le era imposible seguir contemplándolo.

—Esa es tu falda favorita... ¿Tú eres...?

Él comenzó a reír. Era todo tan surrealista...

—¿Tú eres Laloren?

—Por favor, deja de mirarme, esto es penoso.

—Joder, y yo que pensaba que mi apodo era patético...

Vaya, se le había escapado. Ella volvió de nuevo la mirada hacia él.

—¿De qué estás hablando? Así que tú también estás metido en esto...

Ambos volvieron a fijar sus miradas. La seriedad apenas duró un instante. De un momento a otro, ambos se pusieron a reír.

—Así que ibas a traer tu falda favorita... En realidad, yo estuve a punto de decirte algo parecido.

—¿El qué?

—Que yo también llevaría mis calzoncillos de la suerte...

El chico enseñó la parte superior de su ropa interior a la chica, despertando de nuevo las risas entre ambos. Llevaban tanto tiempo sin reír juntos que a aquellas carcajadas les siguió un silencio

incómodo que parecía casi imposible de romper. Tras unos pocos segundos, ambos se miraron de nuevo, con una mezcla de alegría y asombro.

—¿Salimos de aquí?

—Sí, vámonos.

El chico y la chica abandonaron el restaurante. Afuera hacía un sol de justicia. Ambos se acomodaron en uno de los muchos bancos que había a lo largo de la calle. No sabían por dónde comenzar, ninguno de los dos sabía muy bien cómo dar inicio a aquella conversación.

—¿Cuánto... cuánto tiempo hace que haces esto?

Él miró un instante hacia otro lado. Le costaba mirarle a la cara.

—Demasiado, prefiero no decirlo... ¿Y tú?

—Hace unos meses, al acabar el invierno.

Ella bajó la mirada, tan avergonzada como él.

—¿Era necesario todo esto? No sé, ahora te veo... y te veo diferente, no entiendo lo que me ha pasado.

—Yo tampoco. Cada vez te ibas alejando más de mí, y yo... reaccioné como reaccioné.

—¿Necesitas que te lo cuente todo? Es decir, para que entiendas cómo hemos llegado hasta aquí...

La chica desvió un momento la mirada de su interlocutor. El paseo estaba a rebosar de gente. Turistas locales y turistas circulaban sin descanso a lo largo de toda la avenida.

—Sí, supongo que sí. Aunque prefiero que nos vayamos de aquí. Vamos a un sitio más tranquilo.

Acto seguido, ella se levantó del banco algo nerviosa, al tiempo que lo invitó a él a acompañarla en su paseo por el centro de Palma. Él le tendió la mano sonriente, aunque con un poso de escepticismo en su interior. Después de una breve pero intensa mirada entre los dos, ambos se fueron alejando de aquel paseo, y, cuanto más y más se alejaban de él, más cerca estaban de nuevo de rozarse sus manos, hasta que al final se entrelazaron de forma definitiva.

—¡Vale, corten! Esta es buena —gritó una voz pocos metros atrás.

Los actores se giraron anonadados ante aquellas palabras. No podía ser, era imposible. Tan solo estaban en la cuarta toma, y el director ya había dado el visto bueno a la escena.

—Blas, ¿estás seguro? Podemos repetirla... —señaló la actriz, bastante sorprendida.

—Sí, estoy seguro —respondió Kubrick con un tono algo cortante.

—Yo creo que esta es buena, pero tú decides, Blas —afirmó el actor.

—Efectivamente, yo decido —aclaró Kubrick, cansado de oír Blas cada dos por tres.

Blas. Blas Alcalde Soler. Sus padres se habían lucido. Kubrick quería mucho a sus padres, pero ponerle aquel nombre había sido cualquier cosa menos un acto de amor.

En cada rodaje le pasaba lo mismo. De tanto escuchar su nombre (actores, operadores de cámara, iluminadores...), acababa por acordarse de las bromitas en el instituto. Cada vez que un profesor le nombraba en clase, una panda de aburridos soltaban las gracias habituales. «¡Corrupto!» o «¿Alcalde, alcalde de dónde?» eran los chistes más repetidos.

Kubrick se había apartado un poco del resto de sus compañeros. Más allá de la pequeña molestia de oír su nombre cada minuto, en el fondo estaba bastante emocionado. Tras dos meses y medio de mucho trabajo y demasiados contratiempos, su tercera película estaba cada vez más cerca. Tan solo quedaban un par de escenas por rodar, dos secuencias breves y sencillas que esa misma mañana filmaría sin ningún problema.

La emoción de Kubrick iba en aumento. No solo la película ya estaba rodada. En realidad, lo más importante eran las sensaciones que había sentido desde que comenzó el rodaje. Sensaciones que no había experimentado en ninguno de sus anteriores trabajos, y que se vinculaban a la certeza (fuera esta real o no) de que su película, por fin, era verdadero cine.

Meses antes, cuando planificó cada una de las secuencias, una parte de él le decía que eso no se iba a poder sacar adelante. Hacer secuencias bastante largas, sin ningún tipo de corte, con ese estilo berlanguiano que él tanto admiraba le parecía algo casi imposible de realizar. Sin embargo, a fuerza de creer en sí mismo e ignorar a los agoreros de turno, esa fórmula mágica que tanto ha funcionado (y funciona) a los más exitosos, la película había salido adelante.

Aún regocijándose en el placer de sentirse útil y realizado por haber hecho algo que él consideraba de provecho, Kubrick se quitó la mascarilla y encendió un cigarrillo. Apenas llevaba unos segundos disfrutando de aquella felicidad cuando una voz a su espalda rompió aquel estado ideal.

—¿Blas?

Kubrick se giró hacia atrás, al tiempo que expulsaba el humo hacia un lado y hacia otro.

—Sí, dime, María...

—¿De verdad estás seguro de que esa toma vale? No sé, como estamos tan acostumbrados a verte repetir tanto las tomas...

Kubrick intuía que su actriz protagonista no estaba interesada en la última escena de la película. Su tez sonrosada y su intensa mirada indicaban otra cosa, algo así como una especie de arro-bamiento ante el hombre que tenía delante. Un chico alto, guapo, barbilampiño, atlético, de ojos azules y labios gruesos. Kubrick se tocó su pelo abundante y rubio al tiempo que negó con la cabeza.

—No, María, no te preocupes. Ha quedado bien. En un par de minutos vuelvo con vosotros y terminamos lo que queda pendiente.

La tal María volvió extrañada con sus compañeros al ver la cálida y considerada reacción de su jefe. De repente, parecía que toda la frialdad que había mostrado en los meses anteriores se había evaporado de un momento a otro. Mientras tanto, Kubrick sacó el móvil de su bolsillo. Después de echar un vistazo a un par de notificaciones sin importancia, fue directo a WhatsApp. Tenía que hablar sí o sí con alguien.

12.00. 5 de agosto de 2021. Consolat de Mar, Palma, Mallorca.

Llegaba con el tiempo justo, pero daba igual. Además, las ruedas de prensa del Govern no eran un ejemplo de puntualidad. Esto, sumado al hecho aún más importante de escuchar algo totalmente distinto, carente de ese aroma provisional y aburrido tan propio de las ruedas de prensa vinculadas al covid-19, hacía que la búsqueda de un aparcamiento fuera un objetivo de todo menos urgente.

Ahora, ahora llegaba el momento que más le gustaba. Aferró bien las manos al volante, al tiempo que esperaba el momento preciso para hacer chocar las manos contra él al ritmo que marcaba la canción.

—*They say that it's a man's world, but you can't prove that by me, and as long as we're together baby...*

Laia reía sola en su coche, gozosa, mientras preparaba el choque de sus manos contra el volante.

—... *Show some respect for me* —declaró una voz femenina a través de los altavoces, mientras Laia golpeaba a dos manos el volante de su coche.

Como le había ocurrido tantas otras veces mientras escuchaba esa canción, Laia recordó por un momento a Kubrick. Fue él quien le recomendó la película, al final del verano pasado. Recordaba a Kubrick al otro lado del teléfono. «Hace un par de meses fue tu cumpleaños, ¿no? Pues aquí tienes mi regalo. Va con algo de retraso, pero estoy seguro de que estos meses de espera me los perdonarás cuando la veas... y sobre cuando la escuches». Como para no perdonarle el retraso, si ya llevaba un año escuchando aquel disco sin parar.

Con aquella canción aún resonando en su cerebro, Laia llegó más relajada que de costumbre a la rueda de prensa. Nada más

entrar en el Consolat de Mar, un colega suyo que apenas conocía, cámara del medio autonómico de Baleares, hizo un gesto a Laia que calmó aún más los ánimos de la periodista. Al parecer, la comparecencia se había retrasado unos minutos.

Tras caminar un par de minutos más, Laia al fin encontró acomodo en una de las varias sillas que quedaban libres en la sala. Tras echar un breve vistazo al salón en el que se iba a desarrollar la rueda de prensa, vio justo detrás de ella a otra colega suya.

—¡Hola, Marina, perdona, no te había visto!

—No me lo digas, las putas mascarillas.

—¿Y este retraso, es por algo en concreto?

—No creo... ¿Y el tuyo? Un poco más y no llegas.

—Ya...

—¿Qué pasa, movida con tus padres otra vez?

—No, no, no te preocupes. Hace un par de días sí tuvimos una pequeña discusión, pero nada grave. Hace unos meses, cualquier excusa servía para discutir, pero ahora... ahora nos lo pensamos más, por suerte.

—Es que no es fácil, joder. No sé cómo puedes estar así, como si no te hubiera pasado nada.

—El caso es que sí me ha pasado, Marina, y sabes cómo lo pasé por aquel entonces. Ahora bien, ¿qué gano al hacerme la víctima? Reconozco que lo de Toni hace tiempo que dejó de ser un problema para mí, pero...

—Sí, pero lo otro es bien distinto... En fin, dicen que el tiempo lo cura todo.

—Sí, eso dicen...

Tras aquella breve conversación con su amiga, Laia volvió de nuevo la vista al frente, esperando a que la rueda de prensa se iniciara de una vez por todas. Después de medio minuto de espera, Laia escuchó una serie de voces que le resultaban familiares. Despegó la vista de su móvil para, segundos después, comprobar que la espera había terminado. Ahí estaba la directora de asistencia sanitaria, ¿pero... quién la acompañaba? ¿Quién era ese hombre?



—¿Y ese fichaje? —susurró Marina a los oídos de Laia.

Eso mismo se preguntaba ella. Después de observarlo durante unos segundos, Laia poco a poco se dio cuenta de que ese hombre se parecía bastante a su padre... Eso sí, a su padre con treinta años menos. De algún modo, era como ver a... Sí, era como verlo a él. Según la directora de asistencia sanitaria, el experto en informaciones sobre covid-19 había contraído el virus, y su número dos iba a sustituirlo hasta que este se recuperara de forma definitiva.

Desde un primer momento, las palabras de la directora de asistencia sanitaria apenas tenían relevancia para Laia. Durante los primeros minutos de la rueda de prensa, Laia tomó nota de todo aquello que ella consideraba relevante, aunque lo hacía de una forma mecánica, solo por el interés de hacer bien su trabajo. En realidad, su cabeza estaba en otro lado, y más lo estuvo aún cuando comenzó a hablar aquel chico. Ni la mascarilla servía para ocultar un rostro que se parecía demasiado a otro que le resultaba imposible de olvidar.

Después de hacer hincapié en el leve repunte de la incidencia acumulada en las islas, así como señalar la feliz noticia de que no había defunciones nuevas, el número dos del Fernando Simón de Baleares trasladó otra serie de datos menos importantes, a los que Laia no prestó ninguna atención. No era para menos. Cuanto más miraba a aquel chico (esos ojos, ese pelo, ese cuerpo), más impresionada se sentía. Era como si, pocos minutos antes de que él muriera, alguien se hubiera colado en aquella solitaria y desangelada habitación de hospital y le hubiera rescatado de un adiós tan irreversible como injusto.

Laia siguió observándolo, aunque ya hubiera dejado de hablar. Estaba hipnotizada, hechizada del puro terror que sentía en su interior. Estaba tan aterrorizada que era incapaz de decirse a sí misma a quién se parecía tanto aquel chico, aunque ella lo sabía perfectamente. De repente, Laia empezó a sudar, al tiempo que notaba como su pulso se aceleraba, lo que la puso aún más nerviosa. «No, otra vez no», se dijo para sus adentros. Pensaba que ya

estaba superado, pero no. Su cabeza aún no estaba por la labor de olvidar, al menos no del todo.

Por desgracia, los sudores y la taquicardia tan solo eran el prólogo de lo que estaba por venir. Sus manos empezaron a temblar, le faltaba el aire. En cuestión de segundos, su pecho empezó a dolerle una barbaridad. Cuanto más pasaba el tiempo, más le costaba respirar. Laia se dio cuenta de que tenía que salir de allí, al menos abandonar la sala y quedarse sola unos minutos.

Laia abandonó la sala enseguida, aunque, al parecer, más allá de la voz de Marina y la de algún colega más, ella no oía nada. Estaba tan mareada que solo pensaba en salir de allí, no tenía tiempo ni ganas de averiguar quién había reparado en su huida repentina de la rueda de prensa.

Una vez que salió de la sala, Laia tiró la mascarilla al suelo y deambuló unos segundos, buscando un lugar tranquilo en el que recuperar la compostura. Lo necesitaba, estaba peor que nunca, apenas podía respirar. De hecho, a medida que Laia se alejaba más y más de sus compañeros, más pensaba en su amigo Miguel.

«Miguel, prepárate. El año pasado le tocó a Gerard, ahora me toca a mí. Vete preparando una de esas tumbas tan monas que tienes. No hace falta que sea muy grande, ya sabes, como si buscaras una para una chica de doce años... Joder, papá, mamá... por qué no viene nadie aquí...».

Laia no veía nada. Su vista estaba nublada, y para colmo, su larguísima melena rubia, alborotada por los nervios, tapaba parte de su visión. Al fin, vio a venir a Marina y a dos periodistas más. Marina se abrazó a ella, aumentando aún más la tensión en Laia.

—Joder, Laia, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí —aseguró Laia al tiempo que intentaba deshacerse del abrazo pegajoso de Marina—, creo que estoy bien...

Laia inspiró con fuerza, parecía que el aire volvía poco a poco a sus pulmones. Mientras tanto, Marina seguía abrazándola.

—¿De verdad estás bien? —preguntó uno de los periodistas que acompañó a Marina.